

INTRODUCCIÓN

El momento histórico representado por el año 1810, momento de inicio de los procesos independentistas americanos, significó también un estímulo para la creación de una mitología de la refundación. Los nacionalismos emergentes inventaron un pasado en el que se denotaba la influencia española y, de igual manera, crearon un futuro imaginario en el que los deseos se transformaban en representaciones utópicas. Ese era el propósito de unos personajes que alternaban el ejercicio intelectual con el político y el militar. La *utopía agraria*, recreada en este contexto, encarnó durante esos años y varias décadas después un ideal diferenciador de lo que se anhelaba para el territorio americano. Comprendía, por un lado, el lirismo del mundo natural, semisalvaje e inexplorado, apacible y sosegado, el paraíso en la tierra con el que soñaba el europeo abrumado y, por el otro, la concepción de la tierra como un recurso, como una fuente de riqueza sin la cual difícilmente podían cumplirse en su totalidad los propósitos que se pretendían con la emancipación, esto es, la libertad, la justicia y la igualdad. En esta visión, de igual manera, se superaban los antagonismos clásicos entre una naturaleza acogedora e inocente y una civilización corruptora. Se buscaba «belleza y utilidad», expresión que resume adecuadamente la nueva actitud y que aparece reflejada en el poema de Andrés Bello, *Silva de agricultura en la zona tórrida*, de 1828. El americano, según se mantenía unánimemente, vivía en un territorio rico y fértil, de recursos inagotables, como ponían de manifiesto los estudios sobre flora, fauna y geografía realizados por científicos extranjeros, como los de Alexander von Humboldt, y algunos autóctonos. Así pues, aplicando los instrumentos racionales, los procedentes de la ciencia y la técnica, se podía proceder a una explotación ordenada y eficiente de los bienes naturales y, al mismo tiempo, era posible acatar las leyes del progreso, acciones que situarían a los países americanos en un lugar comparable al de las naciones más avanzadas. Un proceso que comprendía no solo la conquista técnica del paisaje, sino también una estrategia de apropiación del territorio mediante la expulsión del nativo y la promoción de la inmigración. Todos estos elementos son los que conforman la política visionaria de la naturaleza.

Entre los miembros de la elite ilustrada argentina y chilena que se apropiaron de símbolos y referentes utópicos sobre la naturaleza, la población y los saberes científicos y técnicos para construir el ideario político del progreso y la modernidad se encuentran figuras diversas, entre las que destacan los nombres de Manuel Belgrano, Manuel de Salas, Juan Egaña, Andrés Bello, Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento... Pero en esta labor destinada a confeccionar el imaginario de gobernantes y ciudadanos no se encontraron solos, sino que contaron, como se pone de manifiesto en este trabajo, con la colaboración de científicos, técnicos, viajeros, legisladores, aventureros y empresarios que también reproducían la retórica del nuevo orden. Un orden que se presentaba compuesto de individuos industriosos, ciudades modélicas, comunicaciones marítimas y terrestres y comunidades agrícolas asistidas por los avances técnicos y la experimentación científica.

Examinaremos las manifestaciones utópicas que acompañaron a la acción política tanto en Argentina como en Chile (con alusiones al vecino Uruguay) en un período comprendido entre 1810 y 1880. La elección de este último año como referente del fin de la etapa estudiada se debe a que en torno a esa fecha se producen cambios contextuales relevantes, que afectan decisivamente a los fenómenos que se están considerando. Así, a partir de esos momentos los flujos migratorios espontáneos se intensifican, dirigiéndose principalmente a las ciudades (la colonización planificada por tanto se debilita); se advierten signos claros de la incorporación definitiva de estos países al mercado internacional y, por último, se aprecia la influencia de una generación nueva de intelectuales formada en un ambiente diferente al de las personas que aquí tratamos. Otras utopías se anuncian en esos tiempos, como la que señala la ciudad y el espacio urbano como centro definitivo del poder político y económico, de la salud y el bienestar, idea mantenida por la elite dirigente que creó La Plata y que aparece prefigurada en la obra de Aquiles Sioen, *Buenos Aires en el 2080. Historia verosímil* (Buenos Aires, 1879).¹ En Argentina, al menos, la llamada Generación del 80, bajo la presidencia del general Julio Argentino Roca, inicia un período

¹ Un tema y una etapa estudiada por Gustavo Vallejo en *Escenarios de la cultura científica argentina: ciudad y universidad (1882-1955)*, Madrid, CSIC, 2007, véanse especialmente las pp. 58-61.

con una coherencia propia basada decididamente en ideales positivistas y principios tecnocráticos. La atención a estas novedades, sin embargo, desbordaría los presupuestos que se están manejando en este trabajo. A continuación presentamos el orden que seguiremos para tratar los variados recursos que formaron parte del horizonte en el que se desenvolvió esta variante del pensamiento utópico.

Iniciamos nuestra exploración con alusiones a diferentes autores que se han ocupado de la historia de la utopía, así como, en particular, a dos manifestaciones visionarias que han atravesado nuestra cultura con planteamientos propios sobre la vida en la comunidad: la utopía natural y la del progreso científico-técnico. La referencia a estas actitudes en nuestro estudio obedece a que conforman el imaginario de la utopía agraria, convirtiéndola en un proyecto realizable y político. George Claeys habla del diálogo entre el primitivismo y el progreso en la época ilustrada, en el que se percibe una creciente nostalgia por la pérdida de la sencillez y del ritmo lento de la vida agrícola. Se citan como paradigmáticos distintos textos, entre ellos las anónimas *Cartas privadas de un americano en Inglaterra a sus amigos de América* (1769), donde el gobierno inglés se traslada a América por el lujo, el despilfarro, la vanidad y la ociosidad que se observa por doquier en Gran Bretaña.² Por otra parte, según afirma Claeys en otro lugar de su historia de la utopía, la Revolución francesa proporcionó el modelo para otras transformaciones sociales. En su vertiente utópica, alentada en los escritos del marqués de Condorcet y de William Godwin, combinó la visión del progreso científico y moral con el ideal de una mejora política, una perspectiva, como mantenía el primero, que debía trasladarse a las naciones bárbaras o salvajes y que no debía provocar una insistencia excesiva ni en el desprecio racial ni en la desigualdad de ricos y pobres.³ En este contexto de ensoñaciones creadas por componentes de la inteligencia europea, América fue desde el descubrimiento no solo un territorio vasto, rico e inexplorado, sino que por la existencia de un corte geográfico —el Atlántico— se convirtió en un símbolo de los proyectos realizables, como señala Fernando Aínsa en *La reconstrucción de la*

² CLAEYS, Gregory. *Utopía. Historia de una idea*, Madrid, Siruela, 2011, pp. 93-94.

³ *Ibidem*, p. 110.

utopía.⁴ Fue el espacio en el que podía conciliarse la naturaleza y la cultura. La utopía agraria, que no está vinculada ni a un producto cultural específico ni a un programa sino que está ligada a diversas manifestaciones que pretenden influir en el imaginario colectivo, es el concepto que aúna esas dos vertientes señaladas de los ideales humanos, el de la vuelta al jardín bucólico, rural o pastoril y el de la capacidad de mejora y perfección otorgada por el poder del conocimiento y la tecnología. Dos ideales que como se verá no siempre pudieron armonizarse de manera pacífica, sobre todo teniendo en cuenta que la población, eje de los cambios, no respondía con su diversidad a los planes homogeneizadores que exigía la modernización.

En nuestro estudio hemos combinado las indicaciones de historiadores clásicos de la utopía (como Franz E. Manuel y Fritzie P. Manuel, Lewis Mumford, Raymond Trousson, Pierre Luc Abramson, Gregory Claeys y Fernando Ainsa) con los textos y declaraciones de líderes intelectuales y políticos argentinos y chilenos, entre los que observamos diversos paralelismos y relaciones (como, en el primer período examinado, entre Manuel Belgrano y Manuel de Salas) y la referencia a una diversidad de acciones que tienen lugar en estos dos países. Destacan entre estos propósitos las labores destinadas a la apropiación geográfica de la naturaleza, a los cambios poblacionales (mediante una legislación que promoviera la colonización procedente de Europa) y al fomento de una nueva cultura técnica de la tierra (jardines de aclimatación) y de las comunicaciones (desarrollo del ferrocarril, de la navegación a vapor y de la telegrafía). Aquí resonarán las propuestas de Tomás Moro (el orden urbano y la atención a la agricultura), las de Francis Bacon (estaciones agrícolas experimentales), las de Saint-Simon (la importancia de las comunicaciones) y las de Charles Fourier (de nuevo, las microsociedades basadas en las tareas agrícolas). Por ello, en este trabajo no nos ocuparemos de la descripción de los elementos fantásticos del pensamiento utópico, como aparece en una parte de la literatura sobre estos temas, ni de las comunidades que se establecieron en un territorio atendiendo a concepciones milenaristas (ampliamente tratado en el estudio de P. L. Abramson), sino que contemplaremos cómo se recrearon y experimentaron

⁴ AINSA, Fernando. *La reconstrucción de la utopía*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1994, pp. 41-43.

en distintos lugares y por diferentes personajes los cometidos e imágenes propias de la utopía mencionada. Comprobaremos en estas páginas cómo la cultura de la tierra adquiere otras connotaciones, además de ser una fuente de virtudes, mentalidad aún vigente en Estados Unidos a finales del siglo XVIII, según nos describe Leo Marx en una obra altamente inspiradora: *The Machine in the Garden. Technology and the Pastoral Ideal in America*. Una forma de pensar, de acuerdo con la aproximación del autor, que se representa de manera patente en el texto elaborado por Thomas Jefferson, *Notes on Virginia* (1785).

En las propuestas de las elites criollas que buscan la autonomía frente a la colonia encontramos los elementos básicos que forman parte de los proyectos utópicos del progreso. En el segundo de los capítulos que componen esta obra, cuando hablemos de las propuestas de Manuel Belgrano y Manuel de Salas, el pensamiento utópico, enmarcado en un período que comprende los años 1795-1845, tiene una dimensión político-liberadora; está concebido, confiando en las riquezas y la idoneidad de las tierras americanas, para conseguir una autonomía negada por la metrópoli. Dice Pablo F. Martínez que «los letrados y funcionarios ilustrados de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX venían a discutir con un Estado colonial y una elite que no demostraba gran interés en el desarrollo agrario».⁵ En este marco se promueven visiones y acciones comprometidas con el ideario utópico, que comprenden desde la creación del campesino instruido hasta la transformación de la población mediante la educación práctica (que incluye también contenidos científicos) y el fomento de la inmigración. Tanto en Chile como en Argentina los signos de estos propósitos comenzaron a ser visibles, con algunas interrupciones, una vez que se alcanzó una cierta estabilidad después de la convulsión político-militar de los procesos independentistas.

En el tercer capítulo se examinan otras estrategias propuestas por los ensayistas para superar la oposición naturaleza-civilización. Comprobaremos que la asimilación estética del paisaje no significaba descuidar los instrumentos de su explotación. De esta visión de la natu-

⁵ MARTÍNEZ, Pablo F. «El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1807)», *Mundo agrario*, 9, 18 (2009). Disponible en: <http://mundoagrario.unlp.edu.ar> [Consultado el 23 de agosto de 2012].

raleza se derivan manifestaciones que están en la base de la que emerge la utopía agraria. En este sentido, destacamos las aportaciones del mencionado Andrés Bello, que escribe el poema citado en Londres, dedicada a la exaltación de una naturaleza prístina, pero que al mismo tiempo, sin perderse en la mera ensoñación poética, propone la explotación agraria como procedimiento básico para asegurar la riqueza, en contra de las formas predominantes en el pasado colonial centradas en la minería. Se exalta aquí, como destaca Juan Durán Luzio,⁶ la intervención del trabajador en la naturaleza:

Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca: oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla;
[...]
Mas el vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor devuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza [...].

Estas mismas apreciaciones se reproducen en la obra dedicada al delta del Paraná de Marcos Sastre: *El tempe argentino*. Desde las primeras líneas manifiesta un sentimiento de admiración por el paisaje y por la vegetación, una emoción que no le impide detenerse a describir la flora y la fauna de la zona ni a proponer cometidos provechosos derivados de su estudio. Bello y Sastre siguen en esta actitud a Alexander von Humboldt, a quien el primero conoció personalmente en Caracas. El naturalista alemán estaba a su vez influido por J. W. Goethe,

⁶ LUZIO, Juan Durán. *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1999, p. 72.

de quien recibió la imagen de una naturaleza virgen como símbolo de lo sublime. Mantenía igualmente que el científico tenía que estar cerca del artista en su forma de apreciar el entorno.⁷ Más tarde, en el mismo capítulo, se comparan estas perspectivas con la que adopta Sarmiento cuando se interesa también por el potencial del mismo delta del Paraná, que describe entre 1855 y 1858 y que él denomina, siguiendo el guaraní, «Carapachay». En ella se observa, según se verá, un giro tecnologista en el que el presunto equilibrio contemplación-explotación de la naturaleza se inclina a favor del segundo de los componentes.

En el cuarto capítulo la atención se centra en el trabajo realizado por instituciones inmaduras que acogen con entusiasmo los mensajes propios de la modernidad. El jardín de aclimatación, impulsado en un primer momento por Rivadavia en Buenos Aires, aunque de existencia efímera, y establecido finalmente en Santiago de Chile, adquiere aquí una importancia simbólica, puesta de manifiesto ya desde el siglo XVI:

Entrando a formar parte del orden del saber y al propio tiempo del espacio de soberanía del príncipe, las especies [en el jardín] renacen a una segunda y más noble Historia, emprendiendo un proceso de civilización y domesticación que puede leerse metafóricamente como una especie de homenaje y sumisión espontánea de la flora universal al poder cósmico del soberano.⁸

En este marco, donde la presencia de los despachos de los políticos adquiere una mayor relevancia, la utopía agraria se articuló sobre diversos principios que reforzaban el poder de quienes la promocionaban, así como su autoridad moral sobre una población escasamente instruida. Estos principios eran: borrar el pasado, llevando a cabo una campaña de desprestigio del período colonial; una educación que creara individuos integrados y útiles para los fines estatales (tema que se amplía en el capítulo sexto); uso y promoción de la ciencia y la técnica, siguiendo el modelo de los países avanzados y, el más importante, el reconocimiento y apropiación del territorio mediante dos medios: el fomento de la geografía, ya fuera la descrip-

⁷ BOWLER, Peter J. *Historia Fontana de las ciencias ambientales*, México, FCE, 1998, p. 149.

⁸ Palabras de Alessandro Rinaldi citadas en REVILLA, Federico. *Diccionario de iconografía y simbología*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 320.

tiva o la fantástica, y la colonización inducida, dirigida o artificial, que proporcionara a las diferentes regiones una población industriosa, virtuosa y con conocimientos superiores. Entre estos instrumentos, la geografía, como confirma Ainsa, tiene una gran importancia en las configuraciones utópicas, ya que en este saber

abundan descripciones de islas, valles inaccesibles, mesetas inexploradas en el centro de selvas insalubres. Solo gracias a la condición de espacio remoto y aislado en el que se escenifica la utopía puede garantizarse su viabilidad teórica, difícilmente imaginable en el centro de la sociedad desde la que se proyecta.⁹

Pero, al mismo tiempo, la elaboración de obras enciclopédicas por parte de geógrafos foráneos al servicio de los gobernantes fomenta los deseos de evasión entre quienes tienen acceso a sus imágenes y representaciones, especialmente atractivas para el europeo que vive las tensiones de una sociedad exigente y en muchos casos opresiva:

La utopía como frontera es una esperanza de escapar del presente, no gracias a una confianza ilimitada en el futuro, sino gracias al viaje que permite el acceso a una tierra prometida, permeable, donde una nueva realidad puede ser forjada de inmediato a la medida de los deseos del emigrante. En general, toda emigración *in terram utopicam* se proyecta más allá de la *res finita* en base a la esperanza de encontrar lo «nuevo-posible», el novum que está latente en la realidad del «otro lugar». Para fundar un pueblo feliz hay que irse «lejos de la tierra», al medio del mar, como propone Diderot en su *Entretien sur le fils naturel*: «¡Ah! mis amigos, si nos fuéramos para siempre a Lampedusa a fundar, lejos de la tierra, en medio de las olas del océano, un pequeño pueblo feliz».

Por esta razón, en la «terapia de la lejanía» se puede reconocer el distingo entre utopías de la evasión y utopías de la reconstrucción. Las primeras corresponden a la necesidad de huir de la realidad construyendo un mundo ideal, cuando no meramente fantástico, y las segundas, a la crítica política y social de un orden existente, a partir de la cual se propone un modelo alternativo de sociedad.¹⁰

En el Cono Sur, para ser más concretos, inmigración fue sinónimo de la colonización y del colono (casi sin excepciones identificado

⁹ AINSA, F. *La reconstrucción de la utopía*, opus cit., p. 45.

¹⁰ *Ibidem*, p. 46.

con el inmigrante); se exigía que hiciera fértiles y productivas las tierras hasta entonces infructuosas. Se esperaba de él que llenara el país de las granjas que necesitaba. Estas tesis, que no encontraron una oposición teórica consistente, fueron plasmadas en una nutrida legislación promotora de la inmigración y colonización. En efecto, se intentaba poblar el desierto, que tiene una dimensión simbólica,¹¹ con extranjeros que fueran pioneros y civilizadores a la vez. Este proyecto se enriqueció con la idea de mejora de la «raza». La moderna motivación de formar una sociedad rural de granjeros-empresarios capaces de expandir la producción se unía a otra: ocupar fronteras peligrosas y mejorar, por presencia y empleo, a las poblaciones nativas.

Junto a la pervivencia de algunas ideas y prácticas del período anterior, en el quinto capítulo se estudia el giro que la utopía agraria experimenta dentro del fervor civilizador, modelo que orienta la reconstrucción del país entre los años 1845-1880, y que es impulsado por Domingo Faustino Sarmiento. En su visión lo importante era el dominio y transformación del territorio, pero ahora desde la dialéctica ciudad-campo y desde la tecnología. Su visión se despliega en varios textos, como en su conocido *Facundo, Barbarie o Civilización*, pero aquí prestaremos atención especial a una obra estrechamente ligada al pensamiento utópico, su *Argirópolis*, publicada en 1851, un año antes de la caída de Rosas y dos del comienzo de la fase constitucional en Argentina. En este texto aparecen diversos símbolos del proyecto ideal sarmientino no solo para Argentina, sino para toda Latinoamérica. Aparece la referencia a una nueva capital, situada en la isla de Martín García, que representa el predominio de lo urbano sobre lo rural y

¹¹ Dice R. Bartra en *El mito del salvaje* (México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 52) que en la cultura judeocristiana el desierto era un «espacio de tentación y de prueba, de peligro y de éxtasis, de muerte y de promesas» y que el verdadero sufrimiento de vivir en este espacio salvaje no era físico, sino moral. Las formas de este dominio natural eran amenazadoras, ya fuera por el predominio de la soledad o por su vaciedad. En medio del desierto es donde, según el Antiguo Testamento, Yahveh coloca el jardín del Edén, del que son expulsados Adán y Eva al territorio agreste y que deben domesticar con pesadumbre; sobre este tema, AZCONA, José Manuel y GUIJARRO, Víctor. «El imaginario tecnológico. Domingo Faustino Sarmiento: representaciones y arquetipos de América (1845-1885)», *Anuario de Estudios Americanos*, 70, 2 (2013), pp. 673-697.

que se concibe como un ejemplo para el resto del país y como centro de poder. Participa de uno de los rasgos más comunes y evidentes, según Raymond Trousson, de las utopías, el *insularismo*, que

no es solo una ficción geográfica, responde a la necesidad de preservar una comunidad de la corrupción exterior y ofrecer un mundo cerrado [...] El insularismo utópico es ante todo una actitud mental, de la que la isla clásica no es sino la representación ingenua. Corresponde a la convicción de que solo una comunidad al abrigo de las influencias disolventes del exterior puede alcanzar la perfección de su desarrollo; entraña, evidentemente, una autonomía casi absoluta [...].¹²

La tecnología es un complemento esencial del ideario propio del segundo período: en primer lugar, porque muestra el dominio del ingenio sobre la naturaleza, el poder de la civilización sobre la barbarie y, en segundo lugar, porque los avances en las comunicaciones permiten integrar todos los territorios y facilitar el flujo de personas, bienes e ideas por todo el país. Ya se venían señalando los ríos navegables como un recurso vital para la economía, pero ahora el ferrocarril, como aprecia Sarmiento con su habitual mirada exagerada, añadía ventajas evidentes sobre esos medios: «Incrementar el número de ferrocarriles es reconquistar para la civilización, la industria y la libertad la tierra que ha sido dominada lejos de nosotros por los bárbaros».¹³ Tampoco se olvidan los proyectos colonizadores de la etapa anterior, sino que asumiendo la experiencia de los ensayos que se pretendieron poner en marcha, durante la segunda mitad del siglo se establecieron, superando diversos contratiempos y situaciones escasamente planificadas, múltiples colonias agrícolas a lo largo de los ríos Paraguay y Uruguay, en Argentina, y en Valdivia, Puerto Montt y Llanquihue, en Chile. Es aquí donde la labor de los agentes colonizadores, entre naturalistas, empresarios y aventureros, es fundamental. Se encargaban de promover los movimientos de personas hacia América, a quienes seducían con la visión de las ilimitadas po-

¹² TROUSSON, Raymond. *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*, Barcelona, Península, 1995, pp. 43-44.

¹³ Cit. en LÓPEZ DEL AMO, Fernando. «Ferrocarril, territorio y progreso en el proyecto liberal argentino», en J. L. Peset. (coord.), *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, Madrid, CSIC, 1989, vol. III, pp. 179-198, especialmente p. 183.

sibilidades del Nuevo Mundo y con las promesas de alivio a las tensiones de una sociedad compleja, así como una solución para una creciente población empobrecida y sin recursos. En esta categoría entran las figuras de Alexis Peyret y Auguste Brougues. El primero escribió *Una visita a las colonias de la República Argentina* (1889) y el segundo *La extinction du paupérisme agricole par la colonisation dans les provinces de La Plata* (1854).

En el sexto capítulo examinamos las relaciones entre la utopía y el imaginario popular, es decir, se estudia cómo se difunden entre un público muchas veces entusiasta y entregado las imágenes y propósitos que componen el ideario utópico. Se tendrá en cuenta en este apartado el concepto de *tecnología sublime* (emociones colectivas derivadas de representaciones tecnológicas que favorecen la cohesión social), analizado por David E. Nye.¹⁴ Aquí consideramos estos procesos de asimilación simbólica, primero, en el marco de una educación con fines utilitaristas y, segundo, en los grandes acontecimientos científico-tecnológicos, como en las inauguraciones de túneles, puentes, estaciones, líneas de ferrocarril, así como en las exposiciones de productos nacionales, que tienen lugar en Chile y en Argentina a finales de los años 1860. Se trataba de oportunidades memorables en las que las experiencias colectivas, como afirma Nye, afianzan valores sociales¹⁵ y, como comprobaremos, eliminan aunque solo sea provisionalmente las brechas entre el poder y el pueblo.

Nuestro propósito es, en diálogo con diversas aproximaciones parciales, sin duda de gran valor como punto de partida, examinar todos los elementos y agentes que en el Cono Sur contribuyeron a confeccionar un imaginario alternativo al propio del orden tradicional preindependista en la dialéctica naturaleza-civilización. Comprobaremos que fue obra de una minoría y que en ese esfuerzo estuvieron comprometidos letrados, funcionarios, intelectuales y empresarios, familiarizados con el reformismo ilustrado y con los preceptos de una utopía fundacional y regeneradora que situó a la tierra (el agro), sus pobladores y los saberes científico-técnicos en la base de sus proyectos. Los informes que redactan, la prensa independiente que promo-

¹⁴ NYE, David E. *American Technological Sublime*, Cambridge (Massachussets), MIT Press, 1994.

¹⁵ *Ibidem*, p. xiii.

vieron y los manuales que difunden tienen el cometido de comprometer a gobernantes, ciudadanos y productores. En esta obra atenderemos también a aquellas visiones y símbolos que surgieron en los dominios anteriores y que tenían el cometido de ayudar a los lectores y observadores a imaginar las propuestas ideales. Prestaremos atención a la figura del campesino ilustrado y laborioso, a esos «aldeanos filósofos» que trata el médico suizo Hans Kaspar Hirzel; a la ciudad de la sabiduría, imaginada por Juan Egaña; al país de Truptu, concebido por Manuel Belgrano en su búsqueda de vías de comunicación que unieran el océano Atlántico con el Pacífico y al mismo tiempo convirtieran a la Patagonia en un territorio fértil y domesticado. Además, atenderemos a la reiterativa imagen del colono honesto y trabajador e igualmente al modelo del «jardín de aclimatación». También se evoca otro tipo de colonos que vienen del norte, los ingenieros emprendedores, representados según Juan Bautista Alberdi por la figura del norteamericano W. Wheelwright, epítome del triunfo del ingenio sobre la adversidad natural, y ejemplo de la búsqueda de modelos en naciones y figuras foráneas por sociedades que sobrevaleoran lo externo frente a lo propio. Y, por último, sin ser menos importante, se contempla la ciudad modelo, ejemplo para todo un país, que aparece, como dijimos, en el *Argirópolis* de Faustino Sarmiento. Aquí veremos los rasgos típicos asociados con el ícono occidental de la ciudad, entendida como un reducto que se contrapone a la naturaleza indómita, como una fortaleza que ofrece seguridad frente a un exterior amenazador y como un ámbito en el que el ser humano sin más remedio se vuelve solidario y progresa junto a sus semejantes.¹⁶ Al final de la obra, en el último capítulo, exponemos las manifestaciones e iconos que compusieron el imaginario de la utopía agraria, atendiendo a las tres dimensiones básicas que hemos considerado a lo largo del trabajo: la de la naturaleza, la de la población y la de los saberes tecnocientíficos.

¹⁶ REVILLA, Federico. *Diccionario de iconografía y simbología*, op. cit., pp. 140-141. Sobre la ciudad como utopía, MUMFORD, Lewis. «Utopia, the City and the Machine», *Daedalus: Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, 94 (1965), pp. 271-292.